

# balance de un pontificado

**E**s cierto: la imagen y la acción de la Iglesia de Cristo, por su carácter divino, escapan a todo intento definitivo de enjuiciamiento humano; pero, también es cierto, esa misma Iglesia existe en la historia, y los hilos de la acción de Dios tienen por intermediarios y destinatarios a hombres de carne y hueso.

Entre esa acción divina y la acción humana se establece una íntima interrelación que si bien no permite un juicio infalible, autoriza la audacia de una calibración de su actuar histórico en vistas a su finalidad meta-histórica. Bifacialidad de la Iglesia difícil de sopesar en el caso de cualquier cristiano, pero mucho más complicada si ella toma cuerpo en aquel que, por voluntad de Dios, tuvo la misión de representar a Cristo entre los hombres: el Papa.

## I

### UNA DIFÍCIL SUCESION

La muerte de S. S. Pío XII, en 1958, sumió a la Iglesia entera en uno de sus más desconcertantes momentos. El reinado del Papa Pacelli había sido prolongado y brillante. Pocos Papas, en la historia, han poseído una lucidez de mente tan honda y universal como la suya. Cada carta, cada audiencia, era esperada ansiosamente desde todos los ángulos de la inquietud humana. En lo religioso, en lo social y político, en lo cultural y científico trazaba Pío XII sus líneas maestras, abría rumbos, señalaba peligros, animaba búsque-

das. En la esfera estrictamente religiosa había puesto las bases de una renovación tal que ya comenzaban a insinuarse los frutos y —¿por qué no?— asomaban aquí y allá las eternas posturas de los hombres frente a toda renovación: apoyo, reticencias, oposiciones más o menos explícitas. Los estudios bíblicos y teológicos, las relaciones entre la ciencia pujante y la fe, la renovación litúrgica, la formación del clero, la función del laico en la Iglesia, todo ello, a través de discursos y encíclicas luminosas, había abierto panoramas magníficos y entusiastas para unos, magníficos, pero vidriosos, para otros.

Y a ese verdadero gigante de la historia no sólo de la Iglesia sino de la humanidad, era menester buscarle un sucesor digno. El pontífice romano no necesita, para la legitimidad de su misión pastoral, ni la brillantez, ni la ciencia, ni siquiera la bondad, pero es lógico que el pueblo cristiano ansíe ver reflejada, en su Pastor supremo, la imagen más perfecta del Cristo de los siglos.

Ante una sucesión tan difícil se buscó una salida —así se decía por aquellos días y el mismo Juan XXIII lo confirmó después— de transición: “la creencia era común de que yo sería un Papa de transición temporal”. Así, con un hombre capaz al frente de la Iglesia, pero ya anciano, se podría realizar el tránsito sin estridencias. El solo hecho de que los Cardenales, reunidos en Conclave, fijaran sus ojos en Angelo Roncalli habla a las claras de que lo consideraban el más indicado y capacitado para suceder a Pío XII. Lo que casi seguramente ninguno de ellos pudo prever fue el papel único que la providencia de Dios quería que este sencillo campesino jugara en tan breve tiempo.

## II

### LA NOVEDAD DE JUAN XXIII

Juan XXIII actuó, desde el primer momento, en consonancia con su ser íntimo; y su ser íntimo era sencillez y era bondad al servicio de Dios y de los hom-

bres. No pretendió transmuntar su persona para asemejarla a la de su antecesor. Fue su gran acierto, tanto mayor cuanto que no obedeció a cálculos interesados sino a la expresión espontánea de su modalidad. La intuición del pueblo cristiano y no cristiano se adelantó a los hechos y los apelativos más cariñosos comenzaron a aplicarse a ese hombre obeso con ojos de niño juguetón. Por las frías paredes del palacio Vaticano comenzó a correr una calidez humana no enfriada de protocolo.

Juan XXIII llevó a la cima de su silla gestatoria un corazón sacerdotal pleno de ternura y Roma palpitó a su ritmo en las cárceles, en los asilos y en los hospitales. Y esa sencillez, esa cordialidad, ese humor tan suyo, lejos de disminuir la majestad de su persona y de su jerarquía la revistieron de luminosidad. Hay Papas a los que es difícil imaginar en la vida ajetreada de las primitivas cristiandades; a Juan XXIII no cuesta nada colocarlo en el dolor y la pobreza de las catacumbas.

Sólo este aspecto de la persona del Papa desaparecido —que podría deglosarse en mil anécdotas y en mil matices— hubiera bastado para inmortalizarlo. El regalo de Dios a su Iglesia —Dios no está obligado a darle “el mejor Papa”— de un Pontífice tan identificado con la esencia del Evangelio era lo más grande que podía recibir la humanidad, y el don le fue otorgado en Juan XXIII.

### III

#### “EL PAPA DE TRANSICION”

Hemos hecho hincapié en esos rasgos característicos de Juan XXIII, porque creemos que sin ellos no se explica su portentosa obra de Pontífice. Esas cualidades canalizaron su gran inteligencia práctica y su habilidad diplomática en tan armoniosa conjunción que le permitieron realizar en cuatro años lo que fríamente observado hubiera exigido decenios.

Su habilidad diplomática, nunca despojada de ternura y comprensión, le permitió disolver, dentro de la Iglesia, las resistencias a una renovación cada vez más esperada. Era voz común que el Papa nos llevaba de sorpresa en sorpresa hasta la sorpresa máxima del anuncio del Concilio Vaticano II. En el último año ya nada sorprendía en El, porque se lo sabía capaz y hábil y se sabía que esa capacidad y esa habilidad estaban firmemente decididas al embellecimiento fundamental de la Esposa de Cristo.

Las mismas cualidades suscitaron la atención de los no católicos hacia su persona y sus inquietudes. Sus encíclicas, sobre todo "Mater et Magistra" y "Pacem in terris", de tal manera reflejaban la luz de una inteligencia encarnada en las realidades cotidianas y en las aspiraciones de todos los hombres de todas las capas y todos los niveles que por doquier fueron entusiastamente acogidas y se empuñaron como banderas limpias y justicieras.

No sólo de palabra el corazón de Juan XXIII se abría hacia todo el mundo y todos sus problemas. Los hechos fueron mucho más allá. Su actitud sencilla y paternal comenzó a disolver el hielo entre los hermanos separados por largos siglos de mutua hostilidad. Por primera vez en la historia los representantes de las iglesias separadas y los jefes espirituales de Oriente se acercaron y convivieron con la jerarquía católica en largas jornadas de comprensión y acercamiento. La Unidad, tan añorada por el anciano Pontífice, quizás tarde aún en llegar, pero los pasos dados por él han sido tan acertados que es imprevisible hasta dónde no son pasos definitivos.

Esa amplitud de mirada evangélica, ajena a todo cálculo, realizó lo que apenas 5 años antes parecía imposible: el diálogo con el mundo marxista. Sin claudicar jamás en lo doctrinal, su gesto bondadoso tendió una mano amiga. Padre de todos sabía que el endurecimiento recaería sobre los hijos sufrientes tras las ya clásicas cortinas y mostró su corazón blando de humanidad. Por otra parte, la sabiduría evangélica le señalaba una ruta. La Iglesia no necesita situaciones fa-

vorables para subsistir; tampoco puede estar esperándolas para actuar. Media humanidad se mueve hoy en ese ambiente y la otra media está proclive a caer en sus dominios. No se trata de ceder, pero sí de volver los ojos a la Iglesia de los tres primeros siglos para extraer de ella las conclusiones. Fue lo que hizo Juan XXIII —a veces incluso con el resquemor de los políticos de Italia y Occidente—. Y porque lo hizo sin cábalas, como simple expresión de su corazón pastoral, obtuvo no sólo el respeto sino hasta la simpatía, con atisbos de cariño, de hombres que poco antes parecían reacios a todo amor.

En varias naciones, tras la cortina de hierro, los cristianos han tenido un respiro gracias a la solicitud de la blanca figura del Vaticano; en otras se ha comenzado a entrever que esa Iglesia que identificaban con un mundo y una cultura determinada posee un corazón que no sólo cubre la redondez de la tierra sino que se extiende, en el vuelo de los astronautas, hasta los infinitos confines del universo.

No es posible, en pocas páginas, encerrar todo lo que la visión humana puede descubrir en el breve pontificado de S. S. Juan XXIII; menos valorarlo. Sus proyecciones abarcan la tierra y el cielo, la naturaleza y la gracia y sólo Dios puede enjuiciar exactamente y sopesar hasta dónde un Pontífice extiende y prolonga la obra de la Redención.

Con nuestros ojos de carne nosotros hemos creído discernir su grandeza en los rasgos que hemos señalado. Y no podemos menos, siguiendo la trayectoria de los ojos, que pedir con nuestros labios y con nuestro corazón a Dios que nos siga enviando Pontífices de transición en el sentido que lo fue el llorado Juan XXIII. Su transición consistió, como él mismo afirmó en “un enérgico programa que debe cumplirse ante el mundo que mira y espera”. En el corto tiempo de su reinado la Iglesia, conducida visiblemente por sus manos, “transitó” positivamente ante ese universo. Y la mirada y la esperanza del mundo no quedaron defraudadas.

*La Dirección*